

Carolina

Dejadme escribir sólo su nombre como título, puesto que todos la llamábamos así. De más está decir que es Carolina Cuartero Segura, profesora y compañera leal, que nos dejaba el pasado 10 de marzo. He de confesar que me gustaría no tener que escribir ahora sobre ella pero me lo han pedido, creo que con razón, y parecería mal que no dijese algo aunque me entristezca, aunque preferiría callar y recordarla a lo largo de una amistad de más de cuarenta años.

Me contaba que cuando se examinaba de Licenciatura en San Bernardo asistió con una de sus compañeras a la lectura de mi tesis doctoral; yo sí vi allí a dos chicas que no conocía pero no supe quién era hasta que comenzó el curso siguiente y se incorporó, con Antonio Valle y Antonio Pardo, compañeros suyos de curso, al equipo de D. Pedro Abellanas en el que yo me encontraba. De ahí data nuestra relación que no se interrumpió aunque el grupo empezó pronto a disgregarse al buscar cada uno su acomodo profesional.

Yo, que fui a Zaragoza, me trasladé dos años después a la cátedra de Madrid de cuya adjuntía quise que se encargase. Lo hizo a conciencia, como todo lo que abordaba, y juntos sorteamos unos años bastante difíciles en los que no sé si era ella mi mano derecha o más bien era yo su mano izquierda. Porque en ella podía descansar siempre, sabiendo que acudiría a solventar cuantos problemas se fueran presentando. Más de una vez tuve que encomendarle determinadas misiones que de sobra sabía que no le agradaban: ni un solo gesto, ni la menor reserva; las resolvía sin rechistar. Todo ello sin hurtarse a otras obligaciones: encargos de curso en la Facultad, oposiciones y traslados de cátedras de Instituto, Segovia, Guadalajara, Orcasitas, el “Isabel la Católica” finalmente en Madrid, del que también fue directora. Y una tesis doctoral que, con tantos avatares y con la meticulosidad que ponía siempre en todos los detalles, fue prolongándose pero que culminó felizmente.

Fue una mujer de una pieza, valiente y firme en sus convicciones, exigente consigo misma y con los demás en cuanto afectase a los deberes profesionales y sociales, pero esa rectitud, pura consecuencia de conducta, no era seca ni distante y estaba para todos embalsamada de afecto. Porque era esencialmente buena, guió y ayudó a todo el que se le acercó, siempre generosa y espléndida en la dedicación de su tiempo y de su trabajo. Ofrecía su amistad sin trabas y los amigos pasaban a ser casi miembros de su familia, lo mismo que ella entraba en la nuestra. Por los amigos y la familia se desvivía hasta rebasar sus mismos deseos. Disfrutaba de sus afectos y también de otros placeres del espíritu. Le encantaba viajar, adentrarse en paisajes y monumentos, con una tendencia muy particular a visitar países exóticos. Muy aficionada a la música pero con un acento muy selectivo: yo creo que no entraba en la ópera, por ejemplo, pero le apasionaba escuchar a un concertista o una sinfonía.

No sé qué más puedo decir, aunque se me acumulan anécdotas, evocaciones y recuerdos, pero ni creo que es el momento ni me siento con ánimos para hacerlo. Por otra parte no le habría gustado nada este pequeño despliegue: ella, que estaba dispuesta a sacrificarse por los demás era extrañamente tímida ante cuanto supusiera no ya un homenaje sino una atención cualquiera para con ella y huía de verse como centro u objeto de deferencia. Espero que esto me lo perdone.

Pronto hará un año, a finales de julio, me telefoneó para contarme que acababa de volver de Galicia, donde solía pasar algunas temporadas; me pareció contenta y tan vital como siempre y nos despedimos hasta después del verano. Cuando volví, a primeros de septiembre, supe que a los pocos días de nuestra conversación había sufrido un ataque, le habían operado de urgencia y su estado era delicado. Desde entonces fueron pasando unos meses en los que la hemos visto apagarse; Valle y yo la visitamos algunas veces y salíamos cada vez más apenados al comprobar la marcha, que se anunciaba irreversible, de su enfermedad. Poco a poco fue sumiéndose en una casi palpable oscuridad, aunque tampoco le faltaban arrestos para desgranar el Angelus a la hora precisa. De familia profundamente cristiana, se nos ha muerto ejemplarmente, fiel a las ideas fundamentales que siempre sustentó, creyendo en lo mismo que practicó en vida, con sencillez absoluta, libre de toda vanidad. Esa imagen es la que al menos a mí me deja cuando ya no puedo hacer otra cosa que reflejarla. O acaso sí: recordar la última palabra, creo yo, que me dirigió cuando, atribulado por mi impotencia ante su situación, le pregunté si podía hacer algo por ella. Y así me contestó: rezar.

Descanse en la paz de los justos.

José Javier Etayo